

hiera podido reforzar la insignificante tropa que la rodeaba, con los jovellanistas, personajes que nadie vió aquellos dias, y que sin embargo, acaso iban y venian de la plaza de Oriente á Vallecas ¹„.

Impacientes los nacionales por cruzar sus armas con las de sus enemigos, muchos de ellos se unieron con unas compañías de cazadores del ejército, y apoyados por dos piezas y alguna caballería, salieron hasta el arroyo Abroñigal á tirotarse con las avanzadas de Cabrera.

Entre tanto, no con menor anhelo aguardaban los carlistas la órden de atacar á Madrid, y únicamente podia calmarlos algun tanto la presencia en el campamento de varios personajes de la corte y el rumor de que se andaba en negociaciones. El baron de Milanges pasó, en efecto, dos veces desde el cuartel de D. Cárlos á conferenciar y acordar con Doña María Cristina; pero nada resultó de lo que, por lo visto, estaba convenido; “porque desagraviada esta señora de lo acaecido en la Granja con lo que sobrevino despues en Aravaca, y esperándolo ya todo del general Espartero, varió de pensamiento, contestando á Milanges, que... habiendo variado las circunstancias y tomado otro rumbo los negocios, nada habia ya de lo tratado; con lo que, chasqueado y burlado D. Cárlos, tuvo tambien él que variar su plan, viéndose precisado á huir de Castilla ²„.

La Reina, sin embargo, no se creia del todo segura: mientras andaba en contestaciones con los emisarios de su cuñado, llamó á San Miguel y le preguntó por uno de los generales que tenían á su cargo la defensa de una de las puertas de Madrid, y al manifestarle aquel dónde estaba, que era en la puerta más cercana á los carlistas, dijo que al instante se le destinara al centro de la poblacion. Recelando San Miguel que esto fuese por desconfianza, replicó Cristina. “No, no: es porque le quiero, y deseo que no esté en parage de tanto peligro.”—Aquel general estaba destinado á ser ministro de la Guerra de D. Cárlos.

Dentro de Madrid habia una llamada *Junta superior de Castilla la Nueva*, la cual hizo imprimir y circular furtivamente una proclama, en la que se leian estos períodos:

“Castellanos: las armas vencedoras del invicto Cárlos se preparan á venir sobre la capital del reino, para salvaros del ominoso yugo de un puñado de ambiciosos y cobardes, manchados con todos los crímenes más horrorosos. El general de nuestro

¹ F. DE LOS RIOS. Obra citada.

² *Biografía de Doña María Cristina de Borbon*, ya citada.

siglo, el vencedor de Morella (Cabrerá), ocupará muy en breve esta corte, pero nada temais: todo está definitivamente arreglado por la mediación de las potencias del Norte. El Príncipe de Asturias empuñará el cetro español, que su augusto padre le cede, conservando el gobierno de la monarquía: la hija de Fernando VII será su esposa, y la *augusta viuda* marchará á Italia á disfrutar lo que de derecho le corresponde...

“Una sola bandera tiene España: rey, religion, y patria: bajo ella pueden acogerse todos los hombres amantes de la prosperidad nacional. El Rey convocará las antiguas Córtes de España, y las necesidades políticas de la época serán satisfechas con el tino y circunspeccion que requieren las reformas sociales. Los tiempos de la Inquisicion y del despotismo pasaron ya... Una inmensa mayoría del partido cristino pelea por la misma causa; discordábamos en los medios, *pero ya nos entendemos*; ya cesarán nuestras sangrientas discordias, y de hoy más, todos seremos dignos del nombre español, ultrajado por unos pocos, que no escaparan de la justa venganza de las leyes...,”

Defraudadas las esperanzas de D. Carlos (que solo pudo conseguir de sus adictos en la corte algunos miles de duros), no habia otro medio para entrar en Madrid, que apelar á la fuerza de las armas, y á esto se mostraban decididos algunos de los jefes militares. Entre ellos se distinguia el cura Merino, cuyo entusiasmo rayó en locura á la vista de la capital y de su regio alcázar, en el que vió desde el campamento con un antejo á Doña Isabel II y á su familia, asomadas á un balcon, fijando Merino en aquel instante toda su atencion en Cristina... “Siempre que le pidieron parecer sobre lo que convenia obrar en aquellas circunstancias, fué de opinion que deberia jugarse el todo por el todo, y que, *aunque hubiesen fallido las fundadas esperanzas de altas protecciones*, Madrid estaba desprovisto de guarnicion de tropa, y que la Milicia nacional que le defendia no podia ser comparada con los aguerridos soldados que ellos llevaban ¹..”

Quizá tenia razon el famoso guerrillero; pero no contaba con el ejército del Conde de Luchana, que imprudentemente habia dejado D. Carlos á su espalda, y cuya aproximacion obligó á este á retirarse hácia Mondéjar, en la madrugada del 13, con visible descontento de sus tropas.

Los dos ejércitos enemigos se cruzaron al amanecer sin encontrarse en el camino. El de Espartero acampó en Carabanchel de Arriba, dispuesto á marchar en cuanto

¹ *Movimiento de la guerra civil en Castilla la Vieja.—Galeria militar contemporánea.*

se le proveyese de recursos para aliviar su penuria. El de D. Carlos descansó dos dias en Mondéjar, donde se le reunieron unos mil mozos reclutados por los curas de aquellos pueblos y otras personas, y el 17, estando en Chiloeches, se divisaron á lo lejos las tropas liberales que venian en su seguimiento.

No desistia D. Carlos de volver sobre Madrid, y se propuso sorprender á Espartero, contramarchando de noche hácia Alcalá de Henares, con gran contento de su gente, que veia renacer sus esperanzas de entrar en la coronada villa; pero el jefe liberal le penetró el intento, y fingiendo marchar á Guadalajara, de pronto hizo vanguardia de la retaguardia, y amaneció el 19 en Alcalá. El ejército carlista tuvo que retroceder, sin que los soldados ni los oficiales pudiesen darse cuenta de aquel movimiento retrógrado, cuya causa ignoraban, y que, disgustándoles sobremanera, hacia correr las voces de ineptitud y de traicion entre sus filas. Pronto conocieron á sus expensas el motivo de aquella retirada: Espartero que, sin pérdida de momento, salió de Alcalá, les alcanzó en Anchuelo, y cargando á su retaguardia, la puso en desórden y en espantosa dispersion. Los voluntarios que acababan de incorporarse á los carlistas, aumentaron con su temor el desconcierto, y todos huyeron precipitadamente á refugiarse en Aranzueque. Intentaron allí rehacerse tomando posiciones; pero tuvieron que abandonarlas con pérdida de doscientos prisioneros y doble número de presentados, prosiguiendo su fuga sin descanso hasta Brihuega, donde pernoctaron el 20. Fué aquello una verdadera batida, en la que el numeroso ejército carlista quedó casi aniquilado: sus fuerzas se hallaron reducidas á unos cuatro mil hombres, y estos desalentados y temerosos de no poder llegar á las provincias Vascongadas, que era ya su único anhelo: durante la noche del 19, divisiones enteras se habian separado de la expedicion; muchos iban dispersos sin saber á donde; otros quedaban rezagados en los pueblos, donde los sorprendía el enemigo rendidos por el sueño y el cansancio.

Un hecho basta para dar idea del pavor que dominaba á las escasas tropas que seguian acompañando á D. Carlos. Al aproximarse Espartero á Brihuega, en la tarde del 21, escaparon los carlistas dejando abandonadas las raciones que habian reunido; y corriendo toda la noche, les amaneció en Fuentes: á las tres horas de su llegada, les arrojó de allí Espartero, obligándoles de nuevo á emprender la fuga, solo con sus guias de Luchana: las demás fuerzas que mandaba se habian dispersado por efecto de una espesa niebla.

De este modo, huyendo siempre, sin poder descansar ni comer, teniendo que

abandonar á cada paso las raciones en el momento de recogerlas, continuó su retirada desastrosa la mermada expedicion *real* hasta pasar el Duero por Gormaz, no sin haber sufrido una de sus divisiones un fuerte descalabro en Somolinos. Descendiendo por la ribera derecha del rio, logró reunirse en Aranda con el cuerpo de ejército de Zaratiegui. Este refuerzo, y el hallarse ya en país amigo, reanimaron algun tanto los perdidos alientos de los expedicionarios, que yendo á parar á Covarrubias, pudieron al fin disfrutar tres dias de descanso.

No tardó en alcanzarles el general Espartero, á cuya aproximacion abandonaron los carlistas aquel pueblo, replegándose á Retuerta. El conde de Luchana llevaba sus tropas descalzas y mal vestidas, pero animosas y sedientas de combates: habíase puesto en combinacion con el general Lorenzo, que operaba sobre el Duero, y acababa de reunírsele en Lerma una division del Norte mandada por Carondelet.

El 4 de Octubre se encontraron los dos ejércitos en Retuerta: el carlista ocupaba una série de montañas cubiertas de bosques; el liberal, aunque situado en buenas posiciones, tuvo que pelear á pecho descubierto. Cuatro horas duró el combate en una línea de media legua, luchando con gran valor unos y otros, y manteniéndose todo este tiempo indecisa la victoria. Llegó un momento en que Espartero creyó perdida la accion; pero la oportunidad con que envió la division de la Guardia real, mandada por Ribero, le aseguró el triunfo. Los carlistas abandonaron el campo, pronunciándose en retirada.

Espartero no suspendió la persecucion del enemigo más tiempo que el necesario para poner en salvo sus heridos, que pasaban de trescientos. En seguida se lanzó sobre las huellas de los expedicionarios, que iban en un estado lamentable, profundamente divididos los jefes, quejosos y casi en abierta rebelion los soldados, particularmente los navarros, que frecuentemente gritaban: *¡Hule! ¡hule! ¡A casa, á casa! ¡Mueran los traidores!* Parte de aquellas fuerzas marchó con el infante D. Sebastian por un lado á ganar los pasos del Ebro; la restante siguió acompañando á D. Carlos, que huyendo de su afortunado perseguidor, anduvo muchos dias de un punto á otro, divagando por aquel escabroso país. El 14 de Octubre le destrozó Espartero la caballería en Huerta del Rey; el 18 le obligó á encerrarse en los pinares de Soria, que á los tres dias abandonó D. Carlos, temiendo que su contrario los incendiase y le cortara la retirada.

• Por fin, despues de mil vicisitudes y angustias, logró D. Carlos pasar el Ebro con los tristes restos de su expedicion, y dirigiéndose á marchas forzadas por Villar-

cayo á Gayangos el 24, llegaron el 26 á Arciniega. Espartero se encaminó entonces á Miranda de Ebro, desde donde escribió á su señora, parientes y amigos de Logroño y Búrgos, para que le enviasen el dinero que pudiesen, habiendo antes reclamado auxilios del Gobierno, para socorrer á sus valientes y sufridas tropas, que se hallaban en el estado más aflictivo que puede imaginarse.

CAPÍTULO VIII.

Paz, orden y justicia.

SUMARIO.—Alocuciones.—Los carlistas pintados por ellos mismos.—Severidad de Espartero.—Ojeada política: nuevas Córtes: los moderados en el poder.—Operaciones en Cataluña.—PRIM pelea en Dorri; concurrir á levantar el sitio de Puigcerdá.—Opinion de Urbiztondo acerca de los carlistas catalanes.

I.

Terminada la expedicion de D. Carlos, que tanta sangre y lágrimas costó á España, tanta devastacion á los pueblos por donde pasaron los ejércitos contendientes ¹, y tantos trabajos, padecimientos y miserias á los mismos carlistas, sin otro resultado para ellos que el de empeorar su situacion, el Conde de Luchana dirigió á sus soldados una alocucion franca y enérgica, como todas las suyas, en la cual decia:

“La campaña de las provincias donde tuvo la audacia de penetrar el príncipe rebelde, ha sido terminada con gloria. Vosotros habeis excedido á mis deseos en valor, constancia y resignacion para batir al enemigo, arrostrar las fatigas y sufrir las privaciones. Tantas virtudes no podian menos de proporcionar un premio digno de tales soldados, cual es el triunfo sobre las hordas del Pretendiente; de ese caudillo de hombres que han manchado con mil crímenes el suelo que intentaron subyugar. Vosotros, tan intrépidos como sufridos, los habeis lanzado, librando á vuestros pueblos y familias de la tiranía y del oprobio; los habeis arrollado donde quiera que, á fuerza de marchas penosas, han sido obligados al combate; los habeis, en fin, hecho penetrar en el país rebelde del que salieron orgullosos. Allí ocultarán, si pueden, su vergüenza. Pero aun allí debe alcanzarles la justa maldicion de tanta

¹ Durante 164 dias anduvo la expedicion 538 leguas, pasando por 353 poblaciones grandes y pequeñas, é invadiendo las provincias del Alto y Bajo Aragon, Cataluña, Valencia, Cuenca, La Mancha, y las dos Castillas.

víctima, y el castigo de sus atrocidades. Ese país que los abriga os es bien conocido. En él os esperan nuevos laureles.,,

Para conseguirlos, y dar la paz y la libertad á la patria, recomendaba el sufrimiento, y sobre todo la disciplina. “Ella da siempre la victoria, decia. ¿Y habrá entre vosotros uno solo que, faltando al más sagrado de sus deberes, la ofrezca al enemigo? Vuestro general no lo espera: mas si lo hubiese, indigno entonces de mi cariño, y mal camarada vuestro, seria entregado al rigor de las leyes militares.,,

D. Carlos, por su parte, dió el 29 de Octubre en Arciniega una alocucion famosa, obra maestra del despecho, del encono y de la rabia de sus malos consejeros, en la que, disfrazando la verdad histórica, se hacia recaer la responsabilidad de la derrota sobre muchos generales y jefes, á quienes se acusaba de traicion. Las rivalidades, los odios que existian entre los carlistas, léjos de calmarse, habian adquirido colosales proporciones, cuando la comun desgracia hacia más necesario el concierto de las voluntades; y predominando en los consejos del Príncipe los partidarios del absolutismo intolerante, no se hablaba más que de fusilamientos y venganzas, de sangre y exterminio contra los defensores de una misma causa. Los partidos extremos son así: tienen el instinto del suicidio.

A esta corriente de ideas, que arrastraba á una parte de la soldadesca y del pueblo, correspondia la alocucion de Arciniega; sobre la cual, y sobre el cáncer que debia devorar al partido carlista, dejaremos hablar á los mismos que en sus filas militaron.

“D. Carlos, ya en Arciniega (dice Lassala), se habia entregado pública y completamente al partido extremado¹; y este, lleno de fuerza, en completa victoria, elevado al poder, firme en no dejárselo arrebatar, y decidido á un triunfo de exterminio sobre sus odiados contrarios, empezó la ejecucion de sus proyectos, haciendo toda suerte de esfuerzos para preparar una opinion pública coadyuvadora de sus designios; y para conseguirlo, hizo que D. Carlos dirigiese una proclama al ejército, y otra al país, en las que se amontonaron tremendas acusaciones sobre el partido opuesto, y en las que se descubrió el sistema de terror y de persecucion que contra él iba á regir: por esto, interesados en hacer creer á los infortunados pueblos y soldados, que la traicion, y solo la traicion habia detenido el triunfo carlista; y cuando columnas inmensas de infantería, con una formidable caballería y artille-

¹ Hizo bien: aquel era el partido representante de sus ideas; el único digno de tremolar su bandera; la bandera de 1814, de 1823, de 1827, que importaba mucho á España y á la humanidad ver desplegada sin hipocresia y en toda su desnudez.

ría, habian en todas partes arrollado á las tropas de D. Carlos desde Alcalá; y cuando él mismo debia su salvacion á solo las más inesperadas casualidades, le hizo decir el espíritu de partido:—*Vencida y humillada la revolucion, y próxima á sucumbir á vuestros esfuerzos sobrehumanos, ha puesto sus últimas esperanzas en medios dignos de su perfidia, para prolongar algunos dias más su sangrienta existencia.*»

“Con el fin de preparar los ánimos contra los que se proponian sacrificar, se dijo en la misma proclama:—*Por fortuna han sido descubiertas sus tramas, y sabré frustrarlas.*—Y cuando vencido, desacreditado y perdido su prestigio, se habia refugiado en las Provincias, continuaba diciendo:—“Para tomar medidas que puedan “poner término á esta lucha de desolacion y de muerte, y para ejecutarlas, he “vuelto momentáneamente á estas fieles provincias; pero pronto me vereis, como “hoy me veis aquí, en los sitios donde me llaman mis deberes.” Consecuentes en su encono á la expedicion de Zaratiegui por sus ventajas y sistema, se le acriminó de este modo:—*“Si la falta de municiones ó de cooperacion de algun cuerpo os ha obligado á veces á ceder terreno, lo habeis hecho pagar bien caro.”* A unas tropas sacrificadas en la expedicion de D. Carlos por el hambre y toda suerte de necesidades, que no habian pisado una sola capital, y apenas alguna poblacion crecida, y que en ninguna parte se habian podido establecer, se tuvo la insolencia de decirles:—“Habeis hecho ver á la Europa entera que mis enemigos son los enemigos de mis “pueblos, cuya lealtad y decision no pueden ser mayores, cuyo afecto á mi persona y entusiasmo por mi justa y sagrada causa han arrostrado la sangrienta venganza de sus opresores. ¹”

“Incansables en preparar más y más al ejército y á los pueblos para las escenas de persecucion que meditaban, y de cuya injusticia temblaban ellos mismos, hicieron repetir á D. Carlos:—“Sí, voluntarios: no ha dependido de vosotros ni de mis “pueblos el dejar de exterminar la usurpacion en ese país desgraciado, teatro de “los crímenes más horrendos y de la anarquía que devora á sus habitantes, y acabará por devorarse á sí misma..... Causas extrañas, causas conocidas, pero inde-

¹ Tambien les decia: «No bastaba la continuada serie de hazañas y de prodigios que forman la historia de vuestras campañas: los cinco últimos meses llevan vuestro mérito más allá de cuanto se habia visto, y el cuerpo expedicionario que me ha acompañado, ofrece un ejemplar sin modelo.» (En efecto, ninguno habia corrido tan de prisa)... «Habeis vencido al ejército revolucionario en los llanos como en las montañas, sin artillería como con ella... y en las mismas retiradas, un corto número ha podido marchar seguido, no hostilizado, por más de dobles fuerzas, que no han osado atacaros cuando les presentábais la batalla, que ni un solo tiro han disparado contra vuestras masas.»

“pendientes de vosotros, han prolongado las desgracias de la patria ; mas estas van “á desaparecer para siempre.....”

“Dada esta proclama á las tropas, y extendida en igual sentido la dirigida á los pueblos, las hicieron circular rápida y prodigiosamente, mandando que fuesen leídas los dias de fiesta en la misa mayor : el Real se estableció en Amurrio ; numerosos agentes se extendieron por todas partes, repitiendo de mil modos que era origen de las últimas desgracias la traicion de personas, que D. Cárlos habia ya conocido *con el auxilio del cielo*, y que iba á separar del ejército : no cesaron de propalar que la guerra se hubiera concluido, y que todo serian dias de dicha, á no haber existido semejantes hombres, vendidos á los masones ;... que los tales traidores se sabia que aspiraban á una transaccion, para hacer triunfar las ideas irreligiosas, de que secretamente se hallaban poseidos, y porque veian que de otro modo no se podia salvar el partido de la Reina ¹;... que tantos sacrificios y tanta sangre vertida se habian malogrado por solo estas causas, y que era necesario repetir de nuevo toda clase de esfuerzos, pero con seguridad del triunfo, puesto que ya se habian descubierto los malos, que pronto serian castigados...

“El ministerio (carlista) se organizó de nuevo, quedando Lavandero en el ramo de Hacienda, separado del de la Guerra el general Cabañas, y encargado de este interinamente, del de Gracia y Justicia por hallarse en Estella el obispo de Leon, y del de Estado por estar vacante, D. José Arias Tejeiro, que de hecho vino á ser el ministro universal, y el alma y direccion del partido dominante....”

Refiriéndose á esta misma época, en su *Memoria militar y política*, dice el auditor de guerra Arizaga :

“En el ejército se oyeron las voces de *¡ muera Moreno !* El país se vió sorprendido en vista de sucesos tan lamentables, y los partidos (carlistas), desencadenados en sus pasiones rencorosas, no pensaban tanto en triunfar del enemigo como en destruirse y devorarse...

“El ministro de la Guerra D. Manuel Cabañas fué exonerado de su vital y vasta dependencia, agregando esta al ministerio de Estado, con desaprobacion general de todo el ejército ; porque esta eleccion, que hizo D. Cárlos en Arias Tejeiro, manchó la reputacion de sus generales, jefes, oficiales y soldados ; declaró la ineptitud de todos ellos ; proclamó que no en la guerra, sino en los manejos é intrigas cifraba el triunfo de su causa... Desde este momento se abrió la última era de perdicion para

¹ Luego D. Cárlos, al acercarse á Madrid, llamado por Cristina, no pensaba en transigir con esta ni con su partido.

la causa de D. Carlos; porque resumido el poder en un hombre avaro y desacreditado, se protegió un partido de personas resentidas y ambiciosas de mando, que desplegaron el furor que las dominaba contra todo lo que pudiese servir de oposicion á sus planes afrentosos. Tal ministro y semejantes apoyos hicieron concebir á D. Carlos fuertes y recelosas prevenciones contra los hombres que habian dado públicas, repetidas y positivas pruebas de entusiasmo y desprendimiento, y una vil hipocresía, *que aun fuera criminal en el claustro*, formó el gobierno que vivia en el campamento. Bajo tales auspicios, la venganza y las malas pasiones se pusieron á la órden del dia, y desapareció todo lo grande, todo lo brillante, que debia ser la gala como la vida de la causa de D. Carlos....

“El príncipe horrorizado, obcecado y lleno de recelo, se sujetó á la direccion de Arias Tejeiro y de los que formaban su parcialidad, permitiendo con toda amplitud á su ministro la ejecucion de cuantos proyectos y atentados tuvieron lugar contra los hombres que aborrecia.... y á pesar de los antecedentes de afrenta que se habia granjeado D. Juan Antonio Guergué en la expedicion sobre Cataluña, hizo que D. Carlos le confiase el mando de sus tropas....

“El infante D. Sebastian fué altamente infamado; el general Villarreal, tan dignamente estimado en el ejército por sus eminentes servicios, fué desterrado á Guernica; D. Simon de la Torre, á Villaro; Zaratiegui, vencedor en muchos combates y altamente reputado entre sus compañeros, fué preso en Zúñiga y conducido con escolta al fuerte de Arciniega; D. Joaquin Elío, tan ilustre por su nombre como por sus hechos, fué igualmente arrestado en el de Urquiola; D. Fernando Cabañas, en el castillo de Guevara; á D. Nazario Eguía se le estrechó en su prision de San Gregorio; y cuantos generales, jefes, oficiales y ayudantes de E. M. eran conocidos por su amistad á D. Sebastian y á los generales apresados, fueron separados de sus destinos, y desterrados á poblaciones próximas á las líneas enemigas, con el objeto sin duda de que sufriesen la suerte de prisioneros, ó de que alimentasen una vida tan agitada como violenta era la posicion arriesgada que ocupaban....

...“No pudiendo (Tejeiro) ganar la confianza, la amistad de los francos militares, que eran la esperanza de la causa carlista, se allegó y unió con los eclesiásticos y personas que rodeaban inmediatamente á D. Carlos, y á quienes por su ardiente piedad ó ciega ignorancia era fácil hacer instrumentos de su ambicion, lisonjeando sus rencores,...

“Un descontento general en el Estado ¹ trastornó muy luego el orden de cosas; y un campo guerrero y belicoso se convirtió en una curia de malos escribanos; porque, preso medio ejército, se nombró á la tercera parte del otro para custodiarlo, escoltar fiscales, y en nombramiento de secretarios: los caminos, hollados antes por beneméritos jefes y oficiales... se vieron cruzados entonces en todas direcciones por funcionarios y encargados de procedimientos y causas judiciales.

“El país modelo de fidelidad se vió agoviado y vigilado por una esquisita policía, y los lamentos de todos sus habitantes eran tan generales, como pernicioso creían la marcha que tocaban y observaban en el primer funcionario del gobierno, cuyo nombramiento todos censuraban ².”

Nada de esto debía sorprender á los carlistas ilustrados: el dualismo de su partido era un hecho constante y manifiesto desde que comenzó la lucha entre los dos principios, liberal y absolutista: la guerra de los realistas *netos*, de los *apostólicos*, de los furibundos contra los templados existía ya, por lo menos, en tiempo de Fernando VII, y habia dado lugar á mil intrigas y á rebeliones armadas: aquel antagonismo, aunque permaneciese velado y latente más ó menos tiempo, no podia menos de manifestarse con cualquier motivo en los momentos de exaltacion, y siempre que se tratase de dirigir la marcha de los negocios; y si esto sucedia cuando estaba en disputa la corona, en el caso de triunfar D. Carlos, la excision entre sus defensores habria estallado de un modo violento, feroz y sanguinario.

Los carlistas civilizados y tolerantes, si no por las lecciones de la experiencia, por el testimonio de su sentido íntimo, debieran haberse convencido de que estaban fuera de su centro defendiendo el absolutismo, como lo estaban los moderados en el campo constitucional; y siendo, como eran, hombres instruidos y conocedores de la Historia, facilmente se habrian penetrado, por poco que meditasen, de que nada nuevo ni extraordinario pasaba en la corte y en los dominios del Pretendiente: todo aquello, y cosas peores, se habian visto en diferentes reinados absolutos: no era más que un ensayo del sistema de gobierno, que ellos mismos procuraban restablecer, y en el cual Arias Tejeiro ocupaba el puesto de los Lermas, Calderones y Olivares; de los Nithard y Valenzuelas; de los Godoys y Calomardes.

¹ No habia por qué: el árbol del absolutismo, que los carlistas regaban con su sangre, daba sus frutos; y aunque verdes, eran los que naturalmente debía dar.

² Por muy justas que fuesen las quejas y las censuras, nadie tenia derecho á manifestarlas, siendo aquel nombramiento y sus consecuencias del gusto del *monarca*, á quien los pueblos que aceptan el absolutismo deben obedecer ciegamente y sin murmurar.



Las privanzas, las intrigas cortesanas, el pandillaje, los ódios, las calumnias y persecuciones acompañan por lo comun á estas formas de gobiernò, donde las influencias personales se sobreponen facilmente al mérito, á las leyes y á la justicia. Por esto las rivalidades en el campo carlista fueron terribles; las venganzas implacables, y las ejecuciones capitales el premio de largos servicios.

II.

Tambien el Conde de Luchana meditaba severos castigos; pero ¡cuán diferentes eran los móviles de su severidad! ¡Cuán recta y vigorosa fué su justicia! ¡cuán saludable su rigor!...

Las insurrecciones militares, los excesos y crímenes cometidos durante aquel verano, permanecian impunes; la disciplina del ejército quebrantada é insegura; la guerra en pié; la sociedad expuesta á los embates de la fuerza armada, endurecida y famélica; la libertad y la patria en inminente riesgo de perderse, cayendo en los abismos de la más desenfundada anarquía, si con cualquier pretexto llegaban á reproducirse los pasados desórdenes.

Restablecer sólidamente la disciplina y subordinacion del ejército, no solo era cumplir un deber, necesario en todò tiempo, sino tambien restaurar los fueros de la justicia hollada, abrir nuevas sendas á la victoria, salvar la patria y la sociedad en peligro. Conseguirlo era más que ganar muchas batallas.

El día 30 de Octubre de 1837 mandó Espartero formar en cuadro todas sus tropas á las puertas de Miranda de Ebro. Entre aquellas tropas estaba el regimiento provincial de Segovia, que acababa de incorporarse al ejército. En el acto de la formacion, solo tres hombres conocian el pensamiento del General en jefe: el de Estado mayor D. Antonio Van-Halen; el de la caballería, D. Juan Zabala, y Ponte, que mandaba la artillería. La caballería formó detrás de la infantería, teniendo órden de cargarla al menor amago de insurreccion: los cañones, cargados de metralla, fueron situados en lugar conveniente.

Las bandas militares anunciaron la llegada del General, que refrenando su caballo, mandó retirarse á todos sus ayudantes, y se quedó solo en medio del cuadro. Un silencio profundo reinó por algunos momentos entre aquellos miles de hombres,